

7 A.M.

Óscar se había despertado muy temprano, el reloj indicaba que aún faltaba más de media hora para las siete. Era demasiado pronto para levantarse y preparar su partida hacia el trabajo, pero el deseo de dormir había desaparecido y se encontraba en un estado de lucidez nada habitual a esas horas. La tenue luz de unas farolas lejanas se filtraba por los visillos y le permitía percibir las formas de los distintos objetos que decoraban la habitación; esos elementos que en la penumbra se transformaban en un cúmulo de manchas grises carentes de significado. Mientras miraba un rectángulo negro, que con el incremento de la luz se convertiría en la reproducción de uno de los cuadros de Monet que representaba la Catedral de Rouen, pensó que sin luz nada tenía sentido en la vida. Todo se escondía detrás de las tinieblas, donde la belleza y el horror se equiparan y se pierden los matices que los diferencian. La oscuridad absoluta supone la muerte, pero la luz sin sombras que marquen el volumen es tan plana que todo lo borra.

De repente, lo que creía oscuro se llenó de claridad. El sueño que tuvo la noche anterior, y que consideró absurdo por falta de lógica, cobraba sentido. Lo que había creído como un gran vacío en su vida, podría tratarse de algo muy distinto. La imagen del potente foco que iluminaba una superficie plana en la que componía distintas figuras colocando sus manos delante de la luz, como si de sombras chinas se tratara, había dejado de inquietarle. Acababa de comprender que la vida se reducía a algo tan sencillo como el equilibrio entre la luz y la sombra. Cada persona generaba su propia fuente de luz y tenía la responsabilidad de dirigirla como un faro para conseguir una iluminación adecuada durante toda su existencia.

Óscar estaba convencido de que se trataba de un paso importante en su aprendizaje. Había llegado hasta el punto de partida y confiaba en elegir con acierto las herramientas que debía manejar y que hasta entonces le habían parecido tan lejanas.

Se levantó sin hacer ruido y caminó lentamente hacia la ventana. Todavía era noche cerrada en Madrid, aunque al este de la ciu-

dad se vislumbraba una ligera claridad en el cielo que anunciaba la proximidad de la alborada. No se trataba de otro día más en el inestable deambular de su vida, se encontraba ante las puertas del último amanecer del milenio; el día más esperado, el de la esperanza y el del miedo. El cielo estaba despejado y aún se podían divisar las últimas estrellas. Parecía que el sol iba a brillar en todo su esplendor. Pensó que al menos durante ese día la sombra estaría subordinada a la luz, y supuso que podría entenderse como una buena señal.

En la calle comenzaba a notarse la actividad de los más madrugadores, de aquellos para los que la contemplación del amanecer significa algo rutinario y fastidioso por estar obligados a presenciarlo a diario. A través de la ventana, observó cómo un hombre trataba de quitar la escarcha acumulada en la luna de su automóvil tras la fuerte helada nocturna. En la amplia avenida, los coches empezaban a ocupar su lugar reservado que ya no abandonarían hasta altas horas de la madrugada siguiente. Estos eran los auténticos dueños de la ciudad y, desde hacía mucho tiempo, casi todas las medidas urbanísticas se tomaban en función de que los automóviles circularan con una libertad que se limitaba a los peatones.

Oscar se dio la vuelta y miró a Sonia. Ella parecía dormida. Estaba tumbada boca abajo y su hermosa melena reposaba sobre el hombro desnudo que asomaba por el borde del edredón. En penumbra, su relajada silueta mostraba una belleza que otras veces no había sabido contemplar a plena luz. Unas horas antes fue incapaz de expresar todo lo que sentía por ella. Quería decirle que la amaba, que era feliz a su lado y que estaba empezando a comprender, pero la ridícula comodidad de lo cotidiano le había frenado, como si el amor necesitara de control.

Un deseo, reciente y remoto, apareció en su mente y sintió que no podía esperar hasta el próximo siglo para volver a acariciarla. Aunque se tratara de poco tiempo físico, unas horas le parecían la eternidad. El urgente deseo de abrazarla y la certeza de su desnudez bajo el edredón aumentaron su excitación.

Tras volver a mirar el reloj, y comprobar que faltaban veinte minutos para que sonara el despertador, se aproximó muy despacio a la cama y retiró el edredón con cuidado. Pasó los dedos lentamente por su pelo, con un mimo que le parecía ajeno. Después su mano

fue recorriendo el cuello y los hombros, mientras notaba la infinidad de matices que captaban sus dedos y que nunca se había parado a descifrar. Un ligero estremecimiento de Sonia cuando bajaba por su espalda alteró su concentración.

–Sigue –dijo sin moverse.

Ella no estaba dormida, se había percatado de su acercamiento y le excitaba sentir el deseo del hombre al que amaba. Cuando Óscar comenzó a separar sus piernas, con la suavidad y firmeza de un ladrón de joyas, no opuso resistencia y facilitó su maniobra. Ambos eran conscientes de lo que el otro pretendía, pero les gustaba seguir ese juego clandestino que tanto les excitaba. Con movimientos muy suaves penetró en su cuerpo y su ritmo se fue ralentizando hasta quedarse parado, con el fin de sentir a Sonia en toda su plenitud. Durante un tiempo, que parecía eterno, permanecieron inmóviles aunque su pulso se iba acelerando. No podían mirarse a los ojos, pero su aliento delataba la intensidad del deseo. Óscar inició un leve balanceo que fue seguido por Sonia, al tiempo que ella cogía su mano y la guiaba rodeando la cintura hasta las proximidades de su pubis, donde los dedos de Óscar, al sentir el contacto con el vello, iniciaron los precisos movimientos que tanto le gustaban. En esos momentos no necesitaban palabras para expresarse, eran dos partes de un mismo cuerpo que se completaba en la fusión. La culminación de su deseo coincidió con el molesto sonido del despertador.

Óscar tenía que estar muy pronto en la emisora, y Sonia, aunque no tenía obligación de madrugar, se había ofrecido para llevarlo en su coche. Pensaba que después dispondría de un tiempo suplementario para ordenar la tienda antes de abrir al público. El día anterior habían tenido mucho ajetreo y cerraron muy tarde sin recoger las prendas.

Óscar acababa de cumplir veintinueve años, era ingeniero de telecomunicaciones y no disponía de un trabajo estable, aunque a principios de año contaba con muchas posibilidades de entrar en la plantilla de una importante compañía informática. Desde hacía varios meses colaboraba con Zenón en Onda Pirata, una emisora atípica en su forma de concebir la radio y en la comunicación con sus oyentes. Carecía de un horario fijo de programación, ni siquiera

emitía todos los días. Zenón, su propietario y único trabajador, decía que lo importante no era acumular horas de emisión con palabras estériles y mensajes consumistas, sino tener algo que contar a todo aquel que encendía la radio con la esperanza de escuchar algo diferente, y eso no era fácil.

Conoció a Zenón de forma casual, como casi todo lo importante que había ocurrido en su vida, aunque desde hacía poco tiempo, e influido por Zenón, pensaba que las casualidades solo se daban cuando uno estaba preparado para comprender su sentido. Durante algún tiempo trabajó por horas en un pequeño taller de electrónica que se dedicaba a la reparación de electrodomésticos, lo que le permitía ingresar algo de dinero para intentar el equilibrio de un presupuesto que siempre era deficitario. Un día apareció Zenón buscando a alguien que pudiera reparar su equipo de sonido. Óscar se ofreció para echarle un vistazo, aunque no se comprometió a repararlo porque se trataba de un modelo que no conocía. Entonces no sabía que ese individuo era el mismo que había escuchado últimamente por la radio, y cuyas palabras, tan diferentes a las que se pronunciaban en otras emisoras, le parecían muy estimulantes por la confianza que transmitían. Esto no le pasaba sólo a él, bastantes personas en la ciudad buscaban Onda Pirata, pero rara vez conseguían encontrarse con la voz de Zenón porque el locutor no solía anunciar sus programas. Parecía que no le importaba la audiencia, ni el dinero, ni la publicidad. La radio no era su trabajo, formaba parte de su vida. Si un día deseaba comunicarse, iba a la emisora y lanzaba sus pensamientos a las ondas sin elaborar un guión previo, siempre acompañados por la música, su otra gran pasión.

Cuando Óscar entró en la emisora, dispuesto a revisar el equipo de sonido, se fijó en una pegatina con el logotipo de Onda Pirata colocada en el cristal de la cabina. Tuvo la certeza de que se trataba de un momento especial. Ese hombre mayor, de aspecto descuidado y en apariencia tímido, era una de las personas que más deseaba conocer: Zenón de Alejandría, un locutor que casi nadie conocía y al que muy pocos habían escuchado –la emisora solo se captada en una parte de la ciudad–, pero al que siempre buscaban aquellos que se habían encontrado con sus palabras.

Óscar deseaba aprovechar la oportunidad para conocer a ese hombre y, tras revisar el equipo encontrando una pequeña avería, se ofreció a colaborar con él siempre que fuera a hacer un programa. Se consideraba un buen técnico de sonido y trabajaría de forma desinteresada. Zenón, después de observarlo minuciosamente y de mantener un silencio que le pareció eterno, sonrió. Era su forma de decir que lo aceptaba, pero no admitió el altruismo de Óscar y le obligó a admitir una cantidad de dinero por cada día de trabajo. No era mucho, pero le ayudaba a pagar sus gastos.

Acababa de cumplir los primeros seis meses de colaboración con Zenón en la emisora. Con él había aprendido muchas cosas importantes, nunca lo suficiente porque apenas si hablaba de su vida, pero su admiración no había menguado. Siempre que lo observaba a través del cristal le parecía más grande y misterioso, a pesar de ser una persona que no se alteraba y que jamás alardeaba de unos conocimientos que eran muy superiores a lo que aparentaba.

Ese día se iban a enfrentar a un auténtico reto para una pequeña emisora, un programa de dieciséis horas en directo: «El final de una era», el último programa del milenio. Óscar desconocía lo que Zenón tenía previsto hacer durante ese día. Sus programas rara vez superaban las dos horas de emisión. «Algo se nos ocurrirá», respondió Zenón cuando le preguntó cómo iban a ocupar tantas horas de programación.

Óscar y Sonia se arreglaron con diligencia para no llegar tarde. No hablaron sobre lo que había pasado antes. Era muy pronto para Sonia. Todas las mañanas se concedía unos minutos de reflexión antes de recuperar el habla. Quería rescatar aquellos sueños nocturnos que se esfumaban rápidamente si no se les prestaba la atención que requerían, aparte de ordenar su mente para enfrentarse a lo que deparara cada jornada.

Llevaban tres años viviendo juntos. Sonia era dos años más joven que Óscar y trabajaba de encargada en una pequeña tienda de lencería situada en un centro comercial próximo a la emisora. Ella compartía el interés que Óscar mostraba por Zenón desde cierta distancia. Lo conocía y admiraba, pero procuraba mantenerse al margen del trabajo que realizaban. Ella aportaba la mayoría de los ingresos de la casa, pero no le molestaba. Sabía que Óscar estaba

capacitado para conseguir un buen trabajo cuando se lo propusiera. En ese momento era más importante su crecimiento como hombre, y la evolución que había seguido durante los últimos meses compensaba todo el esfuerzo económico que ella había realizado.

Cuando subieron al coche para dirigirse a la emisora, Sonia se quedó mirando a Óscar. Ya había pasado su tiempo de meditación.

–Me gustaría saber qué te ha llevado a despertarme de esa forma tan hermosa.

–¿Te ha gustado?

–Mucho, nunca pensé que madrugar pudiera ser tan bello.

–Creo que he descubierto algo importante durante esta noche, y no podía esperar al próximo milenio para compartirlo contigo.

–¿Qué has descubierto?

–Que ya no dependo de un faro ajeno que me pueda sacar de la penumbra. Soy capaz de generar mi propia luz y creo que sé la dirección en que debo dirigirla.

Sonia no necesitaba más explicaciones para comprender el mensaje. Llevaba mucho tiempo esperando una respuesta parecida. Los ojos le brillaban cuando puso en marcha el coche.

El trayecto que debían realizar era breve, apenas quince minutos les separaban de su destino, una estrecha calle del barrio de la Ventilla, lugar elegido por Zenón para situar la emisora. Era una de las escasas zonas de la capital en que su arquitectura no recordaba a una gran ciudad, a pesar del elevado número de construcciones recientes que intentaban imponer la modernidad a cualquier precio. La abundante presencia de casas bajas y las enrevesadas callejuelas hacían difícil cualquier intento de uniformidad. La emisora se encontraba en los alrededores del Paseo de la Dirección, una calle extraña que deambulaba llena de curvas por los límites del antiguo poblado de Tetuán. Era un lugar privilegiado desde el que se dominaba gran parte del noroeste de la capital. Esa ubicación en la parte alta de la ciudad le permitía abarcar –con una antena de mediano tamaño– una amplia y muy dispar zona de Madrid que, contando como centro el barrio de Tetuán, incluía un círculo comprendido por: Fuencarral, Mirasierra, Peñagrande, Puerta de Hierro, Dehesa de la Villa, Ciudad Universitaria, Cuatro Caminos, Nuevos Ministerios y la Castellana norte hasta llegar a Chamartín.

–¿Tienes mucho trabajo hoy? –preguntó Óscar cuando se acercaban a la emisora.

–Es posible, hoy es el día del rojo. Todas las mujeres se ponen lencería roja para recibir el nuevo año. Ya se ha convertido en una tradición que viene bien para incrementar las ventas.

–¿Y tú, te la vas a poner?

–Eso tendrás que descubrirlo esta noche. Las sorpresas no se deben desvelar.

–Lo haré, aunque supongo que terminaremos muy tarde.

–He pensado que podría pasarme por la emisora cuando cerremos la tienda. Me gustaría recibir el nuevo siglo a tu lado.

–Me haría ilusión. Será un día muy largo, y es un hermoso aliado tenerte cerca.

–Confío en que sigas manteniendo esa opinión durante mucho tiempo –dijo Sonia al tiempo que paraba el coche en la esquina de la emisora.

–La mantendré –afirmó Óscar, antes de abrazarla y darle un prolongado beso–. Te espero esta noche.

–Sé que haréis un excelente programa. Ya verás cómo el esfuerzo merece la pena y os depara alguna bella sorpresa.

Después de bajar del coche y mirar cómo se alejaba, Óscar tuvo una extraña sensación. Su pulso se había acelerado, en nada se parecía a los nervios que sentía antes de un examen. Quizás Sonia tuviera razón y se encontrara en el preámbulo de algo hermoso y trascendente.

Zenón no tenía horarios ni solía usar un despertador que le recordara continuamente el paso del tiempo. Se levantaba cuando se despertaba, fuera a la hora que fuera, aunque rara vez dormía más de siete horas seguidas. En algunas ocasiones se levantaba después del mediodía, pero también era frecuente que se pasara noches enteras en vela. Su disciplina carecía de horarios y rutinas, aunque esa mañana hizo una excepción y se levantó al escuchar el molesto zumbido del despertador. Tenía un compromiso que cumplir y no quería faltar a la cita que se había impuesto.

Su vida era una gran incógnita para sus vecinos. En aquel edificio no existía Zenón de Alejandría. Ese hombre era Dario Fonseca,

un excéntrico del que nadie sabía cuál era su ocupación. No se le conocía trabajo alguno y sus movimientos eran difíciles de controlar porque no se ajustaban a ninguna rutina. Había llegado al bloque a principios de los noventa y se instaló en un pequeño ático que tenía alquilado. Vivía solo y casi nunca se le veía acompañado. Hablaba con muy poca gente, pero observaba con mucha atención, aunque su presencia raramente se hacía notar. También era frecuente verle pasear por el parque de la Vaguada llevando algún libro en sus manos, y era capaz de pasar horas leyendo en un banco hasta que la falta de luz le impedía seguir el texto.

En el bar donde solía desayunar especulaban sobre su forma de vida: unos decían que había heredado una fortuna y no necesitaba trabajar para vivir; otros creían que era un escritor que publicaba con nombre falso y por eso nadie lo conocía; algunos comentaban que había llegado de una ciudad lejana donde trabajaba como profesor universitario y había tenido que huir por problemas de faldas; no faltaba quien decía que era científico, por las antenas que se veían en la terraza y por un potente telescopio por el que se le veía contemplar el cielo en las noches despejadas. A pesar de las especulaciones realizadas sobre su vida, nadie tenía argumentos para quejarse de ese hombre, salvo el desconocimiento, que suele ser fuente de muchos temores.

Cuando apareció tan temprano en la cafetería, el camarero no se extrañó por la hora de su llegada, sino porque tuviera prisa. Nunca le había visto mirar el reloj y apresurarse ante un café. Ese hombre jamás tenía dos cosas simultáneas que hacer. Hasta que no terminaba una actividad no comenzaba la siguiente. Todo era importante cuando se hacía, pero nada era tan trascendente como para dejar algo a medias. Esa mañana ni siquiera se paró a leer el periódico que había sobre la barra y que siempre era su primer acompañante matinal.

Pasadas las siete y media salió de la cafetería para encaminarse a la parada de autobús. Allí se dispuso a esperar la llegada del cuarenta y nueve, que le dejaría en pocos minutos al lado de la emisora.

Orlando se acababa de despertar. Permanecía encogido entre las sábanas. La pensión en la que estaba alojado tenía averiada la cale-

facción, y con el intenso frío le había costado conciliar el sueño, a pesar de las tres mantas con las que se había arropado. Procedía de Cuba, y solamente llevaba dos días en la ciudad. Muy poco tiempo para acostumbrarse al duro invierno de Madrid. Pero a Orlando no le preocupaba el frío. Era algo que tenía remedio si se colocaba junto a una fuente de calor. Lo difícil era saber dónde encontrar esa fuente que templara muchos años de gélido letargo. Antes de salir de la cama se quedó pensando en las actividades que tenía previstas para ese día, doblemente especial para él. No solo se acababa un milenio, también era su tercer día de libertad y el primero en el que tenía la posibilidad de organizar sus movimientos. Había pasado más de doce años tratando de sobrevivir a una disciplina carcelaria que tenía como único fin socavar la autoestima y dignidad de los condenados.

Después de haber pasado más de un tercio de su vida paralizado, no sabía si estaba preparado para adaptarse a ese mundo tan novedoso y extraño, pero en su mente ya no había lugar para el miedo ni para la huida. Doce años no se podían recuperar en pocos días y no debía obsesionarse con el tiempo perdido. Los años de juventud se habían esfumado y sería absurdo empeñarse en recobrarlos en una larga persecución en la que nunca se pondría al día. Era menos dañino pensar que tras cada paso que diera vendría el siguiente, y tal vez no fuera necesario darlos todos juntos para ganar tiempo.

Refugiado bajo las mantas, recordó el momento en el que se abrió la puerta del penal y se encontró frente a unas grandes palmeras iluminadas por el sol. Al fondo estaba el mar, ese hermoso océano junto al que había crecido y al que le obligaron a renunciar durante tantos años. Apenas si tuvo tiempo de disfrutar del reencuentro con la libertad. Varias personas lo estaban esperando en la puerta, lo metieron en un coche y se fueron a gran velocidad hacia el aeropuerto. Le habían dejado libre, pero no le permitían quedarse porque era peligroso para el régimen. Para Orlando fue muy doloroso abandonar su país sin haber vuelto a pasear por sus calles, sin ver correr a los niños ni haberse bañado en el mar; y, sobre todo, sin haber encontrado la respuesta a una pregunta que nunca supo formular. Quizás aquel ya no fuera su país, o puede que esa palabra no debiera limitarse al lugar donde uno nace, puesto que no existe la posibilidad de elegir.

Después vino el avión, el primer vuelo de su vida. Sentado junto a la ventanilla, sintió que no estaba huyendo en busca de refugio donde encontrar un futuro para salvar el pasado. Se trataba de algo muy distinto, comenzaba un viaje iniciático. Y lo hizo con un descubrimiento mágico. Por un lado, pudo observar el mar desde lo más alto, como lo hacían las gaviotas, y contemplar su belleza y majestuosidad; por otra parte, también supuso el ansiado encuentro con el cielo de la noche. Desde que lo encerraron no había vuelto a ver las estrellas, ese espectáculo único que estaba lleno de mensajes en el tiempo. Todas las estrellas parecían similares, pero cuánta diferencia había entre ellas. Algunas habían desaparecido miles de años atrás, pero su luz continuaba llegando; otras se estarían formando sobre el fondo oscuro, aunque pasarían muchas generaciones hasta que llegara su mensaje, quizás cuando se observara su luz ya no existieran. Orlando pensó que su vida tenía ciertas similitudes con las estrellas: su pasado era oscuro y la gente se enteraba al mismo tiempo de su liberación y de su encierro. Para esas personas, sus doce años de cárcel transcurrían en un segundo, en el instante que separa la vida de la muerte. Orlando sabía que, al igual que la libertad, el tiempo es un concepto que dista de ser uniforme para todos.

Únicamente tenía una obligación que cumplir durante ese día. Debía acudir a la oficina de inmigración para solicitar un documento que demostrara que le habían concedido un permiso de residencia temporal. Sin ese papel cualquier policía podría detenerlo. Le parecía sorprendente que la policía del país que le había dado asilo tras su liberación pudiera detenerlo por no llevar un papel en el que constara que era bien recibido.

Se levantó dispuesto a solucionar los trámites burocráticos cuanto antes. Al menos había agua caliente y se pudo duchar para entrar en calor antes de disfrutar ese día tan especial paseando por las calles de su nueva ciudad, unas calles sin límites que no le obligarían a dar media vuelta cada cinco pasos, la distancia que medía la celda que había ocupado durante tantos años.

Tan solo un objeto había salvado de su encierro, una pequeña radio que le había regalado uno de sus carceleros, el pobre Iván. Habían sido compañeros de juegos en la infancia, pero el destino

quiso que unos barrotes de hierro les separaran. Ese hombre, que no era tan diferente a él, se sentía humillado siendo carcelero y nunca supo ejercer de opresor. No entendía la diferencia que había entre ellos para que uno estuviera en la cárcel y el otro lo custodiara, pero nunca se atrevió a preguntar el motivo a sus superiores por miedo a que también lo encerraran. Un día, cuando nadie los observaba, le regaló esa pequeña radio, que a partir de entonces fue su única forma de contacto con el mundo exterior. En realidad no le servía de mucho, solo se captaba la emisora oficial del régimen, pero siempre mantenía la esperanza de que una voz liberadora se pudiera infiltrar a través de las ondas. Cuando Iván abrió por última vez la puerta de su celda, Orlando pudo distinguir el brillo de sus ojos, aunque trataba de ocultar su emoción. Se alegraba de su salida, pero sabía que lo envidiaba. Mientras él recuperaba la libertad, su carcelero estaba obligado a permanecer en la prisión. No tenía pena que cumplir, pero tampoco libertad que conseguir. Orlando deseaba devolverle algún día la esperanza que le había dado con aquel insignificante aparato.

La primera noche de libertad, y nada más entrar en la pensión, sacó la radio de la bolsa que contenía su escaso equipaje y la encendió. Se disponía a mover el dial para sintonizar una nueva emisora cuando escuchó la voz de Zenón en Onda Pirata. Emitía en la misma frecuencia que la radio oficial de su país. Sin embargo, la voz sonaba muy diferente a la de aquellos locutores que solo hacían propaganda del régimen. Zenón estaba anunciando el último programa del milenio de una forma que le parecía extraña. No decía que fueran a ocurrir grandes cosas durante su programa, pero dijo una frase que llamó su atención: «Sabemos que los sueños carecen de límites. En nuestro programa vamos a intentar que las palabras nos acerquen a ellos y sirvan para romper las barreras que nunca hemos osado franquear». Orlando pensó que podría tratarse de un buen presagio y decidió que iba a seguir el programa de ese peculiar filósofo.

Se abrigó bien, guardó la radio en el bolsillo y salió a la calle. La pensión estaba situada en una esquina cercana al mercado de Maravillas, una zona muy próxima al corazón financiero de la ciudad, pero muy alejada de su riqueza. En el portal se encontró a un

hombre joven que dormía en el suelo. Estaba protegido con una manta rota y tapado por cartones. A su lado reposaba una botella de vino vacía. Una mujer mayor salió por una puerta de la planta baja y, tras examinar al joven con desprecio, miró a Orlando. Su gesto no cambió y mostró la misma mueca de asco que llevaría inalterada en su cara durante muchos años.

–Ya estoy harta de aguantar a tantos borrachos y drogadictos. Habría que encerrarlos a todos para que nos dejaran en paz –dijo la señora con ira, esperando la confirmación de Orlando.

–¿Usted cree que eso solucionaría sus problemas?

–Todos viviríamos más tranquilos.

–Todos no, señora, todos no –dijo Orlando, mostrando una amabilidad que ocultaba el dolor que sentía por todo aquello que implicara represión.

La mujer se marchó acelerando su paso. No había encontrado un aliado en su cruzada por la decencia y podría tratarse de alguien peligroso.

Orlando sacó la radio de su bolsillo y la encendió confiando en encontrar la voz de Zenón. Sólo escuchó el silencio. Era muy temprano y no había comenzado la emisión. Volvió a guardarla y se alejó caminando lentamente para recrearse en el descubrimiento de todo lo que era nuevo para él.

Óscar se encontró en la puerta de la emisora con Manuel, el portero de la finca. Manuel había trabajado allí desde que se construyó el edificio, a comienzos de los años ochenta. Estaba próximo a la jubilación y era una de las pocas personas que conocía a Zenón y que tenía libre acceso a la emisora.

–Muy pronto has comenzado a trabajar –dijo Óscar al ver a Manuel fregando el portal.

–Por desgracia hoy me ha tocado madrugar. Tienen que traer el gasóleo de la calefacción para que no os quedéis helados, aunque a mediodía me largo. Este día no se ha hecho para matarse a currar.

–Pues nosotros tenemos para todo el día y parte de la noche.

–Ya escuché los anuncios que habéis hecho, y confieso que me tiene intrigado. Supongo que Zenón lo hará por algo, aunque es tan reservado que no hay manera de descubrir lo que piensa.

–Yo tampoco sé lo que pretende con el programa, pero seguro que se trata de algo interesante. Él no suele perder el tiempo con balas de fogueo.

–No lo dudo. Por cierto, espero que le digas que me saque un día en la radio para ver si me hago famoso y puedo dejar este jodido trabajo.

–No te recomiendo la vida de famoso. Es muy agobiante estar todo el día rodeado de mujeres que quieren seducirte a cualquier precio –dijo Óscar en tono irónico.

–¡Joder! Pues digo yo que eso será mejor que fregar escaleras.

–Cuestión de gustos.

–¡Qué gustos más raros tenéis los jóvenes! En ese tema reconozco que soy muy tradicional.

–Que conste que a mí también me gustan más las mujeres; pero, como habrás comprobado, por aquí no aparecen muchas.

–Eso es porque no hacéis regalos con las llamadas. Si dierais entradas de conciertos o discos, seguro que vendrían a montones.

–Puede que tengas razón y haya que proponérselo a Zenón, pero dudo que acepte. Ya sabes que no es su estilo. Ahora me voy al estudio, solo faltan veinte minutos para comenzar el programa.

–Antes de irme a casa pasaré para despedirme y desearos feliz año.

–Pásate cuando quieras. Ya sabes donde estamos –dijo Óscar mientras se dirigía al ascensor.

La emisora no era muy grande. Contaba con una habitación amplia en la que Zenón había construido una pequeña cabina separada por un cristal. Dentro de la cabina había una mesa con dos micrófonos y un ordenador conectado a Internet por el que tenía acceso a varias agencias de noticias y a los periódicos más importantes. Al otro lado del cristal estaba el equipo de sonido, desde el que Óscar controlaba la calidad de la emisión, y un teléfono. Cuando comenzó a emitir, Zenón lo controlaba todo desde el interior de la cabina, pero con la llegada de Óscar sacaron el equipo de sonido para disponer de más espacio en el interior y que su voz saliera con menos interferencias. También contaba el piso con una pequeña cocina, un cuarto de baño y con otra habitación en la que había una cama, una estantería llena de libros y un armario. Óscar pensaba

que era suficiente espacio para que viviera una persona cómodamente. En una ocasión le preguntó a Zenón si no había pensado vivir allí, pero le respondió: «Si viviera en una emisora, podría tener la tentación de creer que mis palabras son importantes, y entonces diría muchas estupideces creyéndolas trascendentes. Mientras pueda permitírmelo, la radio estará en un sitio y mi casa en otro». Óscar le preguntó si era millonario. Zenón, tras sonreír, contestó que quería irse de este mundo igual que había llegado, sin un duro. Salvo circunstancias muy graves, podría seguir unos diez años antes de arruinarse completamente; y para entonces, como ya habría dicho por la radio más palabras de las necesarias, podría vender el piso donde estaba la emisora, que era de su propiedad, y sobrevivir con cierta holgura durante algún tiempo más. Pero aún faltaba tiempo para ese momento, y había aprendido que las previsiones a largo plazo solo sirven para acercarse hasta la muerte.

Óscar conectó todos los aparatos y encendió la cafetera eléctrica. Sería muy importante tener café caliente durante todo el día.

A los pocos minutos apareció Zenón. Llevaba su vieja gabardina junto al gorro de lana y la bufanda roja, las tres prendas de las que no se separaba en todo el invierno. Después de saludar a Óscar, verificó que todo estaba en orden para comenzar la emisión.

–Veo que ya lo tienes todo preparado –dijo complacido.

–Sí, todo está a punto para el gran día. Espero que el equipo aguante durante tantas horas.

–Seguro que aguantará, como también lo haremos nosotros. Huelo a café recién hecho.

–He preparado un poco, nos vendrá bien para darnos ánimo.

–Es el único combustible que necesito para enfrentarme al encierro tras el cristal.

Se sirvieron una taza y se sentaron junto a una pequeña mesa.

–¿Tienes claro cómo se va a desarrollar el programa? –preguntó Óscar intrigado.

–Pocas cosas he tenido claras en mi vida, y esta es una de las que menos. Quizás por eso estoy aquí. El guión está abierto. Tengo unas ideas para comenzar y luego serán los propios acontecimientos del día los que nos vayan encaminando en una determinada dirección.

-¿No tienes miedo de quedarte sin nada que decir?

-Sí, afortunadamente tengo miedo, mucho miedo. Si no lo tuviera sería un imbécil. El miedo hace funcionar el cerebro a gran velocidad, provoca multitud de sensaciones e infinidad de ideas. Lo único que hace falta es tener la suficiente frialdad para seleccionar aquellas que pueden ser útiles para crear algo y separarlas de las que solo sirven para destruir.

A Óscar le sorprendían las respuestas de Zenón. Nunca había conocido a nadie que, como él, consiguiera fortalecerse con lo que a otros provocaba debilidad.

-En cuanto a la música, ¿qué has pensado?

-Aquí tengo una lista con algunos de los temas que quiero poner a lo largo del programa -dijo Zenón sacando un papel del bolsillo-. Los discos los he dejado en el armario. A lo largo del día puede que se me ocurran otras canciones que ya te iré diciendo. Si quieres alguna en especial también habrá tiempo para ponerla. Es posible que necesitemos rellenar más huecos de los que pensaba.

Óscar cogió el papel y examinó la lista mientras Zenón lo miraba atentamente.

-Te agradezco que te hayas ofrecido para ayudarme en un día tan especial. Seguro que tenías otras cosas más interesantes que hacer.

-No me lo hubiera perdido por nada del mundo. Tengo el presentimiento de que algo hermoso puede pasar.

Zenón lo miró sonriendo y se dirigió a la cabina con la taza de café. Preparó los auriculares y comenzó a buscar las últimas noticias que llegaban a través de la red.

-Avísame cuando vayamos a entrar -dijo Zenón.